

Nemo está en su refugio preferido. Un escritorio rodeado por un acuario, donde se mueven peces y seres marinos, como pulpos o rayas. Está sentado y tiene un folio y un lápiz a mano. Sobre la mesa hay un vaso de agua. Una voz que suena imperiosa, como en un interrogatorio, le dice que repita tres palabras: agua, sombrero, bicicleta. Nemo obedece y las repite de forma correcta.

A continuación, la voz de un doctor invisible le ordena que dibuje la esfera de un reloj, con sus números. Después, que señale una hora, las cinco en punto. Nemo obedece. Cuando va a trazar las agujas, se da cuenta de que falta el número 5. La voz imperiosa le dice: «¡Se ha olvidado otra vez! Un fallo en el examen cognoscitivo».

Ahora la voz le pide que repita las palabras del comienzo. Nemo dice: sombrero, bicicleta... Pero no acierta a recordar la tercera. Mira con angustia el agua. Toma el vaso entre las manos. Lo aprieta. Tiembla y vierte agua.

Nemo despierta. Está en la cama matrimonial, con su mujer, Chon. Ella también despierta por el sobresalto del marido.

*Chon: ¿Qué pasó?*

*Nemo: Una pesadilla.*

*Chon: Tú no tienes pesadillas.*

*Nemo: No. Yo me las como antes de dormir.*

## LA LENTITUD DE LOS SEGUNDOS

Nemo se levanta y va al cuarto de baño. Delante del espejo, repite: agua, sombrero, bicicleta. Después, dos frases en latín. Las tiene memorizadas desde su etapa de estudiante en el Seminario Menor:

*Fide, sed cui vide:* Fíate, pero mira de quién.

*Quid dixi, dixi:* Lo que dije, dicho está.

Se lava y seca la cara, mientras murmura: agua, sombrero, bicicleta, agua, sombrero, bicicleta.

Al ponerse el reloj en la muñeca, lo mira fijamente y con preocupación. Ni siquiera repara en la hora. Lo que lo tiene abismado es la lentitud de la aguja que marca los segundos.

Chon le pregunta si le ocurre algo, si tiene algún problema. Y es el oír esa palabra, problema, lo que lo hace salir de la órbita pegajosa. La presencia de su mujer, esa voz distante y a la vez inquisitiva, le ayuda a ser irónico, a ahorrarse detalles.

—Tengo un problema, pero todavía no sé cuál es.

Antes de salir del pazo, Nemo despacha con su abogado, Mendoza. Se muestra despejado y resolutivo. Por mucho dinero que maneje, nada de hacer negocios con ese empresario, debidamente investigado para saber de qué lado se acuesta en la cama, y del que han descubierto que consulta diariamente a una experta en tarot. Adelante con el proyecto de construir un hotel de lujo en la costa de Marruecos. Le hace un guiño al abogado: «Creo que será una buena salida para el *Mister*. Gran hotel con gran puerta giratoria. ¡Ni una palabra por ahora!».

En el patio del jardín, saluda y conversa con el jardinero, Crisanto. Se interesa por las hortensias. Satisfecho de recordar el nombre. De las flores y del jardinero. Existe lo que recuerdas.

*Nemo: Bonitas, las hortensias. Y resistentes. Parece que arrancan todo el color de la tierra.*

*Crisanto: Una mano hay que echarles, señor. Y sulfato de hierro.*

*Nemo: ¿Sulfato de hierro? ¿Y sin eso no da flor?*

*Crisanto: Lo mejor, siempre, es el agua de la lluvia.*

*Nemo: Ya. Y esas otras, ¿cómo se llaman?*

*Crisanto: Azaleas, señor. Siempre le han gustado mucho las azaleas.*

*Nemo: Sí, siempre. Es verdad. ¡Las azaleas!*

«¡LAS MANOS, EN LOS HUEVOS!»

En el coche, conducido por su chófer y guardaespaldas, Ferro, Nemo mira ensimismado una foto que ha extraído de su cartera. Es el retrato de una mujer. Le pregunta al chófer si recuerda a Ada, cuando era joven, y él responde que claro, que quién se va a olvidar de una mujer así. Nemo y Ferro bajan del vehículo en un barrio de casas de pescadores, humildes, del tipo de las construidas en los años cincuenta o sesenta. A esa hora, diez de la mañana, todo está desierto. Ferro abre la puerta de una de ellas, sin problemas, con la habilidad de un cerrajero. En la salita de entrada hay una foto de Ada, de la misma época, pero con un bebé en el regazo. El resto de las fotos son ya de esa niña que estaba en brazos, en diferentes edades. Hasta hoy.

La mujer joven de la última foto que observó Nemo, Lara es su nombre, hija de Ada, trabaja en la cinta clasificadora de una conservera. Ahí la tenemos. El capataz se acerca por detrás, al borde del roce, simula mirar cómo la mujer hace su labor y apoya las manos en los hombros de la trabajadora. Lara se gira al instante, el brazo como un aspa, y le dice, empuñando un cuchillo de filo brillante: «¡Las manos, en los huevos!». El resto de

las mujeres ríe y el hombre se aleja con una mezcla de ira y vergüenza.

En la sala y el dormitorio de la casa de Ada, Nemo revisa los muebles. En un armario encuentra un montón de paquetes envueltos en papel de regalo, dos docenas, más o menos. Los coloca encima de la cama. Es obvio que nunca han sido abiertos. Nemo hace una mueca de fastidio. Suspira. Y vuelve a colocarlos en su sitio. Comenta: «No abrió ningún regalo en todos estos años». Entra en el otro dormitorio, más pequeño. En la mesilla hay una foto que parece reciente de Lara con un joven, al lado de una moto de gran cilindrada. Nemo pregunta a Ferro si sabe quién es, y él le informa: «Uno de los locos del grupo del Tigre da Madroa».

*Nemo: Todos hemos sido jóvenes...*

*Ferro: Pero no locos, jefe.*

*Nemo: De eso nadie está libre, Ferro.*

## LA PALABRA DEL MUERTO

Un inspector de policía, Fito Monterroso, se dispone a grabar el testimonio de un pescador, que recuerda el papel decisivo de Nemo en la historia del contrabando en Oeste. El inspector deja el coche al borde de la carretera y camina entre dunas. Va trajeado, se ha quitado la chaqueta, y